

LOS SANTOS DE LA CULTURA

¡SAN PUGLIESE AMPÁRANOS DE LA MUFA!

Siempre me llamó la atención la gran cantidad de músicos considerados “mufas” en un período muy acotado, entre 1970 y 1975, más o menos. La mayoría de ellos pertenecía a un género por entonces llamado “melódico” o “comercial”.

Rodolfo Edwards

Es poeta, escritor y periodista. Licenciado en Letras (UBA), tiene publicados nueve libros de poesía. En 2016 Eloísa Cartonera editó su obra poética reunida bajo el título *La épica del movimiento continuo*. También es autor del ensayo *Con el bombo y la palabra. El peronismo en las letras argentinas* (Seix Barral, 2014). Ha publicado artículos en la revista *Ñ* (Clarín), *Radar* (Página/12) y *Diario Z*. Colabora regularmente en el suplemento de cultura del diario *Perfil* y es editor de la revista *La Perla del Oeste*, de la Universidad Nacional de Hurlingham.

Siempre me llamó la atención la gran cantidad de músicos considerados “mufas” en un período muy acotado, entre 1970 y 1975, más o menos. La mayoría de ellos pertenecía a un género por entonces llamado “melódico” o “comercial” (porque solían vender muchos discos), lleno de canciones *facilongas* que no paraban de sonar en todas las calesitas de la ciudad. Sobre todo no se podía nombrar, ni en broma, a un conjunto cuyo nombre aludía a una desgraciada circunstancia que le puede ocurrir a los navegantes; recuerdo a otro cantante, calvo, que tenía un súper hit que se desgranaba en elogios a una chica que trabajaba en una boutique, al que tampoco convenía mentarlo. Muchos años después de su único hit, supo tener un gimnasio por La Boca, a la vuelta de mi casa, y le iba bastante bien...Había otro que tenía el mismo apellido que una famosa *vedette* de los *sixties*, a la que llamaban “la Venus de la calle Corrientes” y se lo consideraba el más terrible. Y, por supuesto, no puede faltar en esta lista, la eterna muchacha del fenómeno *metereológico*...

No me olvido de algún famoso cómico, de un trovador que todavía anda subiéndose a los escenarios y de un periodista de lentes culo de botella, portador de un rico prontuario de ingratos acontecimientos ocurridos por supuesta culpa suya.



Oración al Maestro Pugliese

*“Protégenos de todo aquel
que no escucha.
Ampáranos de la mufa de
los que insisten con la patita
de pollo nacional.
Ayúdanos a entrar en la
armonía e ilumínanos
para que no sea la desgracia
la única acción cooperativa.
Llévanos con tu misterio
hacia una pasión que
no parta los huesos y
no nos dejes en silencio
mirando un bandoneón
sobre una silla.
En el nombre de
Osvaldo Pugliese”*

Cuentan que este periodista trabajaba en la redacción de un gran diario argentino y que una tarde se olvidó su impermeable en un perchero; esa noche se había desatado una furiosa lluvia y uno de sus compañeros tomó “de prestado” aquel piloto para salir a la calle. Se tomó un taxi en la esquina del diario y a poco de andar...¡el taxi chocó! Creer o reventar.

Un caso aparte es el de un ex Presidente argentino, al que no voy a nombrar por las dudas. En la última década del siglo XX, la mayoría de la población decidió coronarlo como el Mufa Mayor. Recuerdo que nadie nunca lo llamaba por su apellido, al que se le practicaban todo tipo de distorsiones fónicas, simpáticas paranomasias que se habían convertido en una forma de divertimento popular. He visto a más de un locutor de noticiero, que no tenía más remedio que nombrarlo, ponerse nervioso cuando estaba mencionado en algún boletín. Pero a este hombre no le entraban las balas y seguía gambeteando para adelante, *always on the run*. Charly García, que lo negó tres veces, terminó comiendo de su mano. *Cosa veredes Sancho*.

Una historietita del genial Divito tomó la posta para narrar las desventuras de estos personajes malhadados. *Fúlmine* llamó Divito a su criatura a la que exponía a todo tipo de desopilantes situaciones. Tanta fama alcanzó *Fúlmine* que fue llevada al cine en 1949, protagonizada por Pepe Arias y dirigida por Luis Bayón Herrera.

Tocate

“Guarda que ese es mufa”, me cansé de escuchar en tantas tertulias de mi juventud, porque solo pronunciar una sílaba de la persona o grupo musical marcado podía desatar una catástrofe importante; y había desopilantes conjuros para cortar al mufa, como tocarse alguna zona erógena o hacer cuernitos disimuladamente por debajo de la mesa.

El asunto es que yo sufrí en carne propia los efectos producidos por la presencia o irradiación de estos peculiares sujetos. En una noche de tantas, estaba con un amigo escuchando discos en mi casa, cuando se me ocurre poner un disco de un músico de rock argentino que a mí me gustaba mucho pero que también había caído en ese círculo del infierno nacional adonde son destinados los “mufas”. El disco estaba girando en la bandeja, mi amigo estaba entusiasmado mirando la tapa de una primera edición que hoy cotiza fortunas en Mercado Libre, cuando de pronto se cortó la luz...Corrí a buscar una linterna y miré la cara de mi amigo...estaba asustado, no lo podía creer, porque ambos sabíamos del riesgo que corríamos escuchando ese disco. Recuerdo que le brillaban tanto los ojos en aquella oscuridad que parecía echar fuego por ellos. ¿Qué hacemos?, me dijo, y yo traté de calmarlo, confiando en se trataba de un

simple corte de luz. Fuimos hasta la calle: la oscuridad era absoluta, no nos veíamos ni las manos. Caminamos unas cuadras y el corte seguía, las luces de los autos rebotaban contra las paredes como chispazos de soldadura, hasta que me crucé con un vecino que me dice: “parece que es un corte muy grande”. Volvimos a mi casa, traté de comunicarme con SEGBA (así se llamaba antes), pero no me dieron pelota. Al rato mi amigo se fue y yo me quedé esperando que vuelva la luz. El cuento termina así: ¡aquel corte de luz se extendió por tres meses! Había estallado un generador y se vieron afectadas varias manzanas. Casi me fundo comprando velas...

Un día fui a ver a ese mismo músico a un *bolichón* que quedaba por La Boca, cerca del Riachuelo. Era una noche de niebla cerrada, yo estaba con una pareja amiga. Vimos el recital y después el músico en cuestión se acercó a nuestra mesa y le invitamos un trago. Nos contó una serie interminable de anécdotas que escuchábamos extasiados hasta que nos propuso seguir de juerga: nos invitó a otro boliche de Almagro, donde también estaba invitado a “zapar”.

El precio era que lo lleváramos en el auto. Mi amigo dudó...no estaba seguro de subir a su querido Renault 12 a un sujeto con esos antecedentes...Yo insistí...“Dale ché, no pasa nada, ¡llevémoslo! Y lo llevamos nomás en el auto, se subió con su *Fender Strato* dentro de un estuche negro grisado por los años; por suerte no pasó nada pero mis amigos al otro día lavaron todo el auto, hasta los tapizados, con vinagre. Le tenían respeto.

También en las canchas de fútbol ocurren estos hechos paranormales: decidí no ir más a la cancha con un amigo porque cuando iba con él, Independiente perdía. Daba la casualidad que cuando no iba con él, ganábamos. Cosa de mandinga. Fue una seguidilla infernal que tuvo la frutilla del postre cuando perdimos la semifinal de la Libertadores con Argentinos Juniors en Avellaneda....Perdíamos 2 a 1 y en el último minuto del partido, en aquella fatídica noche, le atajaron un penal nada más y nada menos que a Marangoni que nunca erraba un penal, pero esa noche falló, el “Quique” Vidallé atajó un disparo muy anunciado del blondo *centrojás* y chau pinela, quedamos eliminados y mi amigo que estaba al lado mío en la Tribuna Cordero, miraba con cara de “yo no fui”. Muchos años después nos fuimos a la “B” pero en eso él no tuvo nada que ver...

El salvavidas Pugliese

Pero frente a tanta mala energía hay uno que siempre nos salva: ¡Osvaldo Pugliese! Todos los mitos siempre tienen su origen en alguna construcción colectiva: se crean por una necesidad de afirmar la identidad de la tribu, de exorcizar los males para seguir avanzando en la vida.

Nacido el 2 de diciembre de 1905 en el porteñísimo barrio de Villa Crespo, Osvaldo Pugliese, pianista, compositor y director, durante más de medio siglo estuvo al frente de una orquesta que hizo capote en los cuarenta del siglo pasado, cuando el tango era amo y señor de la cultura popular. Tal vez su composición más recordada sea “La yumba”, con aquella extraordinaria marcación rítmica que refrescaba al oyente los orígenes negros del tango.

A mediados de la década del treinta se afilió al Partido Comunista e impulsó la creación del Sindicato Argentino de Músicos (tuvo el carnet de afiliado N° 5). Entre sus prioridades siempre estuvo la defensa del trabajo de sus compañeros. Siendo una estrella de la música, nunca dejó de repartir en partes iguales las ganancias producidas por las presentaciones de su orquesta, cooperativista a ultranza. Estas actitudes y su aura de santo, su estampa de tipo simple y bueno, contribuyeron a que los músicos empezaran a considerarlo una especie de talismán.

Durante el primer peronismo, Pugliese fue opositor; estuvo en cana y todo pero el tiempo pasa y las heridas pudieron cicatrizar. El cantante Guillermito Fernández (otrora niño prodigio del tango, gardelito de *smoking*) cuenta una historia increíble: fue testigo de la reconciliación de Osvaldo Pugliese con Juan Domingo Perón.

“En diciembre del 73, con motivo de las fiestas de fin de año, con Perón recientemente asumido en su tercer período como Presidente de la República, se organizó un gran evento popular en el Obelisco. Se montó un inmenso escenario en el cruce de las avenidas Corrientes y 9 de Julio, un monumental árbol de navidad y nos convocaron a varios artistas del tango y el folklore para cantar. Allí estaban Edmundo Rivero, Hugo Marcel, Mercedes Sosa, Horacio Guarani, Osvaldo Pugliese y yo, entre otros (...) A los pocos días llaman a mi casa de Presidencia de la Nación para invitarnos, junto con todos los artistas que habíamos actuado en aquel encuentro popular, a un almuerzo en la Quinta Presidencial de Olivos, donde el Presidente Perón quería agasajarnos. (...) Perón se puso a contemplar al Maestro Osvaldo Pugliese que comía tranquilamente. Se le notaba que un pensamiento le rondaba la cabeza. Pugliese lo advirtió, alzó su mirada y sus ojitos de hombre bueno se toparon con los de Perón. (...) Perón y Pugliese se quedaron así, durante varios segundos, en un diálogo de miradas dulces y sonrisas gentiles. Por fin, después de un tiempo inmensurable, todos los comensales fuimos testigos de una escena histórica: “Querido Maestro, quiero pedirle disculpas por aquellos problemitas que tuvimos en aquel momento...”. “Eso quedó en el olvido, Presidente”. Ante mis ojos, rozándome con su brazo, Perón estiró la mano en dirección a Osvaldo Pugliese. “Gracias por perdonarme”.¹

1- Longui, Luis, *Yo conocí a Perón*, Buenos Aires, Ediciones Lea, 2014, pp. 82-83.

Siempre mencionamos a Pugliese

La idea de ese Pugliese “antimufa” se hizo popular en los noventa con la inolvidable canción de León Gieco “Los Salieris de Charly”, un collage de mordaces imágenes *rapeadas* (aparecida en 1992, en el disco *Mensajes del alma*) donde un verso decía: “siempre mencionamos a Pugliese”, lo que no era un secreto en el ambiente musical, ya que entre los músicos, dicen, con sólo mentarlo se solucionan todo tipo de problemas e infortunios. Muchos milagros se le adjudican como aquel que relató Charly García cuando en medio de un recital empezaron a fallar los equipos de sonido, hasta que alguien se le ocurrió poner un disco de Pugliese y todo se arregló mágicamente.

Siempre me llamó la atención la gran cantidad de músicos considerados “mufas” en un período muy acotado, entre 1970 y 1975, más o menos. La mayoría de ellos pertenecía a un género por entonces llamado “melódico” o “comercial”.

Ya en el siglo XXI la Dirección de Música del Ministerio de Cultura, le puso de nombre “Pugliese” a una revista de distribución gratuita que empezó a publicarse en el año 2004. A esa altura de partido, Pugliese seguía siendo un claro emblema de la música popular, además de bandera sindical e igualitaria. Desde 2009 la estación Malabia de la línea “B” de subterráneos, comparte su nombre con el de Osvaldo Pugliese y arriba, en la Plazoleta Pugliese, se alza un grupo escultórico que homenajea al Maestro y su orquesta, en el corazón de su Villa Crespo natal.

Una vez yo venía caminando por la calle Sarmiento, a la altura del Centro Cultural San Martín, cuando lo veo a Pugliese en la vereda de enfrente, tocando el timbre de una casa; con todas mis fuerzas le grité ¡maestro! y giró su cabecita buscándome, sonrió como un Papa y sin elevar la voz, con un susurro que sin embargo atravesó la calle, me dijo “gracias pibe” y aquel gesto de don Osvaldo todavía me acompaña. Quedé bendecido para siempre. ■